

El debate Davidson – Meredith Williams sobre la socialidad del lenguaje y la normatividad

The Davidson – Meredith Williams discussion on the sociality of language and normativity

Ricardo Joaquín Navia¹

RESUMEN

Nos enfocamos en la reciente discusión Davidson – Meredith Williams sobre la socialidad del lenguaje y su relación con la paradoja de la interpretación, en la medida en que creemos que en ella se están jugando algunas definiciones decisivas sobre la normatividad básica. El argumento de la triangulación es introducido por Davidson con el propósito de mostrar las condiciones mínimas necesarias para el surgimiento de la normatividad requerida para el pensamiento y el lenguaje, evidenciando el carácter esencialmente social de ambos. En este contexto, un tema que ha centrado la discusión es cómo entender la socialidad del lenguaje sin que reaparezca la paradoja de la interpretación, cosa que parece ocurrir en la concepción clásica de Kripke. En este artículo nos proponemos: (i) Una reconstrucción del argumento de la triangulación; (ii) Algunas consideraciones sobre dos aspectos del significado filosófico del mencionado argumento: (a) el origen y la función del concepto de objetividad; (b) la viabilidad de basarse en él para una concepción naturalista pero no reductivista de las actitudes proposicionales. Por último (iii) Un primer examen de las objeciones de Meredith Williams a la concepción de Davidson sobre la socialidad del lenguaje. Con ello el objetivo es llamar la atención para las condiciones mínimas de una socialidad que no nos reenvíe a la paradoja wittgensteiniana.

Palabras claves: objetividad, paradoja de la interpretación, triangulación.

ABSTRACT

We focus on the recent Davidson – Meredith Williams discussion about the sociality of language and the paradox of interpretation, as we believe that in it some decisive assumptions concerning basic normativity are at stake. The argument of triangulation is introduced by Davidson for the purpose of showing the minimum conditions necessary for the emergence of basic standards required for thought and language, highlighting the essentially social nature of both. In this context, an issue on which the discussion has focused is how to understand the sociality of language without relapse into the paradox of interpretation, which seems to occur in the classical conception of Kripke. In this article we propose: (i) a reconstruction of the argument of triangulation; (ii) some considerations on two aspects of the philosophical meaning of that argument: (a) the origin and function of the concept of objectivity (b) the feasibility of relying on it for a naturalistic but not reductionist account of propositional attitudes. Finally, (iii) a first examination of some Williams' objections to

¹ Universidad de la República.
Avenida Uruguay 1695, CP 11.200,
Montevideo, Uruguay. E-mail:
naviamar@adinet.com.uy

the conception of Davidson about the sociality of language. My final aim is to outline the minimum conditions for a conception of sociality that allows us to avoid relapse into Wittgenstein's paradox.

Keywords: objectivity, paradox of interpretation, triangulation.

[...] triangulation is not a matter of one person grasping a meaning already there, but a performance that (when fully fleshed out) bestows a content on language (Davidson, 2001, p. XV).

We have many vocabularies for describing nature when we regard it as mindless, and we have a mentalistic vocabulary for describing thought and intentional action; what we lack is a way of describing what is in between (Davidson, 2001, p. 128).

Introducción

Nos hemos detenido en la reciente discusión Davidson – Meredith Williams sobre la socialidad del lenguaje y la paradoja de la interpretación, en la medida en que creemos que en ella se están jugando algunas definiciones decisivas sobre la normatividad básica.

El argumento de la triangulación es introducido por Davidson en varios escritos a partir de 1982 con el propósito de mostrar las condiciones mínimas necesarias para el surgimiento de la normatividad básica requerida para el pensamiento y el lenguaje, evidenciando el carácter esencialmente social de ambos. Sin embargo, en la medida en que el argumento desarrolla y defiende dos ideas previas fundamentales en Davidson, a saber: que las creencias requieren del concepto de verdad objetiva y que el concepto de verdad objetiva requiere interacción lingüística con otras personas, el argumento tiende a probar bastante más que una descripción genética del surgimiento del pensamiento.

En este contexto, un tema que ha centrado la discusión es cómo entender la socialidad del lenguaje sin que reaparezca la paradoja de la interpretación, cosa que parece ocurrir en la concepción clásica de Kripke; esto es, que el elemento que se pretende supuestamente proporciona la normatividad básica de algún modo requiera a su vez otra interpretación previa.

La mínima mención de estas derivaciones evidencia el destacado significado filosófico de la triangulación, que rebasa en mucho los límites de este artículo. En él nos proponemos:

- (i) Una reconstrucción del argumento de la triangulación.
- (ii) Algunas consideraciones sobre dos aspectos del significado filosófico del mencionado argumento, a saber:
 - (a) el origen y la función del concepto de objetividad;
 - (b) la viabilidad de basarse en él para una concepción naturalista pero no reductivista de las actitudes proposicionales.
- (iii) Un primer examen de las objeciones de Meredith Williams a la concepción de Davidson sobre la socialidad del lenguaje. A partir de allí el objetivo es esbozar las condiciones

mínimas de una socialidad que no nos reenvíe a la paradoja wittgensteiniana. Especialmente en el punto donde Davidson postula que para la aparición de las actitudes proposicionales y del uso del lenguaje no se requiere de convenciones lingüísticas compartidas, sino que lo que se requiere es ser interpretable como hablante y el mutuo reconocimiento de capacidad racional.

Reconstrucción de la triangulación como argumento

La introducción de la triangulación para dar cuenta de las condiciones mínimas de surgimiento del pensamiento y del lenguaje se inicia en 1982 en su artículo "Rational Animals" (*in* Davidson, 2003a) y adquiere una especial relevancia en "La emergencia del pensamiento" de 1997 (*in* Davidson, 2003a) y en "Las condiciones del pensamiento" de 1988 (*in* Davidson, 1992).

(a) Davidson comienza el tratamiento de este tema explicando la diferencia entre la capacidad ya existente en los animales para discriminar entre distintos objetos y la capacidad humana para usar conceptos. Empieza considerando una forma primitiva de triangulación: en ella ciertos animales simplemente aprenden a reaccionar frente a cierto estímulo del medio. Aquí hay un esbozo de triangulación porque se aprende a mirar algo en común y a advertirlo frente a una reacción también común de un par de la especie. Pero estas criaturas no manejan conceptos ni actitudes proposicionales desde que no están describiendo nada sino en todo caso identificando una señal (Davidson, 2001, p. 124-127).

(b) Un nivel algo superior está dado por el aprendizaje infantil de una primera lengua (Davidson, 2001, p. 125-134). Allí, al niño se le estimula a producir cierta emisión lingüística constante frente a la presencia de objetos o eventos similares (la emisión "mesa" ante la presencia de mesas). Un aspecto importante de este aprendizaje es que implica la capacidad del niño de advertir que ciertos objetos son similares a otros en ciertos aspectos relevantes (aún habiendo alguna diferencia en aspectos no jerarquizados en ese contexto). La captación

de esta similaridad va a jugar un papel fundamental en el surgimiento del pensamiento.

Sin embargo, repara Davidson, hay aquí un problema a aclarar respecto a la localización del estímulo. ¿Cuál sería la razón para sostener que el objeto mesa es el estímulo que provoca la emisión “mesa” y no las ondas lumínicas que llegan al ojo del niño o aún meramente las modificaciones periféricas en los receptores del sujeto? Escribe:

[...] de hecho, si hemos de elegir, parece que la causa próxima de la conducta posee los mejores títulos para recibir la denominación de estímulo, pues cuanto más distante se halle un evento desde el punto de vista causal, tanta más probabilidad hay de que se rompa la cadena causal. Tal vez deberíamos decir lo mismo acerca del niño: su respuesta no obedece a las mesas, sino a pautas estimulativas en la superficie de su piel, puesto que estas pautas siempre producen la conducta mientras que las mesas sólo la producen en condiciones favorables (Davidson, 1992, p. 158).

Pero en seguida se responde:

¿Por qué, sin embargo, parece natural decir que el perro responde al timbre y el niño a las mesas? [...] Encontramos similares las emisiones de la palabra “mesa” que el niño lleva a cabo, y las cosas del mundo que acompañan a esas emisiones y que clasificamos juntas de forma natural son precisamente mesas (Davidson, 1992, p. 158).

Claro que uno tiene derecho a preguntarse de dónde emana esa “naturalidad” de la clasificación. Dicha “naturalidad” parece justificarse cuando el texto explica:

No podemos observar fácilmente las pautas acústicas y visuales que fluyen rápidamente, [...] entre las mesas y los ojos del niño, y, si pudiéramos observarlas, nos sería muy difícil decir qué es lo que las hacía similares (Davidson, 1992, p. 158).

Pero la localización del objeto se concreta sobretodo en virtud de una triple similaridad que se produce en este proceso de triangulación. Dice Davidson:

En nuestra descripción están involucradas no dos, sino tres clases de eventos u objetos entre cuyos miembros tanto nosotros como el niño hallamos una similitud natural. El niño encuentra las mesas similares; nosotros también hallamos las mesas similares y encontramos también similares las respuestas del niño a las mesas. Dadas esas tres pautas de respuesta, resulta posible locali-

zar los estímulos relevantes que promueven las respuestas del niño (Davidson, 1992, p. 158-159).

Es este uno de los lugares clásicos de definición de la triangulación que se cierra:

Es una forma de triangulación: una línea parte del niño en dirección a la mesa, otra línea parte de nosotros en dirección a la mesa y la tercera va de nosotros al niño. El estímulo relevante se halla allí donde convergen las líneas del niño a la mesa y de nosotros a la mesa (Davidson, 1992, p. 159).

A esta altura, el niño no tiene aún capacidad conceptual ni lenguaje, pero según nuestro autor está sentando las bases para su proceso constitutivo. Esta interacción básica entre dos personas y un objeto así identificado posibilita la definición de un contenido para el pensamiento que comienza a constituirse. Aquí es fundamental el papel de la segunda persona. Sin otra persona con la cual “triangular” no habría contenidos para los pensamientos, no habría pensamientos. Si sólo tuviéramos criaturas aisladas, sus respuestas por complejas que pudieran ser no constituirían actitudes proposicionales, no podrían tener la capacidad de “reaccionar a” o “pensar en” algo situado a cierta distancia en lugar de sobre sus propios receptores.

En *The Emergence of Thought*, Davidson dice que, para una persona aislada, la causa está

[...] doubly indeterminate: with respect to width, and with respect to distance. The first ambiguity concerns how much of the total cause of a belief is relevant to content. [...] The second problem has to do with the ambiguity of the relevant stimulus, whether it is proximal (at the skin, say) or distal (Davidson, 2001, p. 129).

Como dice Davidson (1992, p. 159), “El mundo del solipsista puede tener cualquier dimensión, lo que equivale a decir que no tiene dimensión alguna, que no es un mundo”. Esto es, la interacción hasta aquí descrita en la triangulación es una condición necesaria para la posibilidad del pensamiento, pero no es aún una condición suficiente para el mismo.

El mero hecho de que se trate de reacciones compartidas no indica el aspecto relevante. Por sí solas, las reacciones compartidas a los objetos del medio no determinan las causas más que las reacciones individuales. Como dice Verheggen:

Para que S signifique algo mediante palabras para Davidson no es suficiente que haya ciertas causas para las preferencias de S: S debe también estar en posición de reconocer al menos algunas de las causas como tales. Lo cual es decir que para que S signifique algo por palabras, S [...] debe

ser capaz de pensar en esas causas como existiendo independientemente del hablar sobre ellas (Verheggen, 2007, p. 99).

Y eso solo es posible mediante la comunicación.

(c) Sin embargo, la triangulación al mismo tiempo tiene otro importantísimo efecto sobre los participantes: los introduce en la idea y posibilidad del error. Cuando dos personas correlacionan sus reacciones con objetos o eventos del mundo exterior y con las reacciones de otras personas, se ha establecido una norma o estándar para reaccionar de cierta forma ante determinados objetos o hechos, de modo tal que se está “acordando” que si no se reacciona de ese modo, se está cometiendo un error. Se han introducido las categorías de “acertado” y de “no acertado” (antecedentes inmediatos de la categorías de verdadero y falso). Davidson considera que esa es la capacidad distintiva de la conceptualización y del pensamiento.

En uno de sus últimos escritos sobre la relación entre el lenguaje, la creencia y el concepto de objetividad, Davidson escribió:

If I believe that what I am seeing is a giraffe, I am employing the concept of a giraffe in the sense that I am classifying what I see. I could not believe I see a giraffe if I did not know that some things are correctly identified as giraffes and some things are not. To know this is to know that some classifications are true and some false. If I were not aware of the possibility of misclassification, I would not be having a propositional thought (Davidson, 2003b, p. 898).

(d) Sin embargo, nuestro autor se apresura a aclarar que la constitución del pensamiento no está aún completada: no alcanza con que el objeto haya sido localizado mediante la intersección de dos tipos de respuestas de similaridad.

Sucede que, como dice Verheggen,

Los significados no pueden ser fijados por meras asociaciones entre las causas típicas de las preferencias de las personas y esas mismas respuestas. En el nivel de triangulación primitiva, las respuestas de las personas, aun cuando son compartidas, son por sí mismas ambiguas (Verheggen, 2007, p. 100).²

Para que “dos perspectivas privadas converjan para marcar una posición en el espacio intersubjetivo”, es necesario además que las dos reconozcan que están coincidiendo en la definición de ese punto o estándar. Para ello, “la única forma de saber que la criatura que ocupa el segundo punto está reaccionando al mismo objeto es saber que ésta está pensando acerca del mismo objeto” (Sinclair, 2005, p. 714), para ello se requiere de la comunicación lingüística. Dice Davidson:

Para que dos personas sepan la una de la otra que se hallan en esa relación, que sus pensamientos se relacionan de ese modo, es necesario que estén en comunicación (Davidson, 1992, p. 161).

Davidson sostiene entonces que nuestra captación de objetos y pautas en un espacio objetivo – esto es, independiente de nuestros pensamientos – “surge a través del reconocimiento, provisto por la comunicación lingüística de otro ser que está compartiendo pensamientos sobre objetos” y pautas que existen independientemente de esos pensamientos. Como sostiene Sinclair:

Las conexiones causales son descriptibles en términos intencionales, y por tanto abren espacio para el error, solo cuando las líneas causales convergen mediante la interacción social, y solo cuando las respuestas a tal convergencia son mutuamente relevantes para las criaturas involucradas en esa interacción. El estatus intencional de los pensamientos de un hablante, que surge mediante el proceso de comunicación lingüística, es así dependiente de las dinámicas causal y social presentes en la triangulación (Sinclair, 2005, p. 714).

De este modo, Davidson expone su tesis de que pensamiento y lenguaje son mutuamente dependientes y se desarrollan simultáneamente, idea que desarrollaría hacia el final de su obra (Davidson, 2001, p. 293).

Sobre el significado filosófico de la triangulación

Origen y función del concepto de objetividad

Como ya vimos, es en la situación de triangulación que los seres humanos fijan los significados de sus pensamientos y preferencias como base de su capacidad lingüística y forjan el concepto de verdad objetiva como base de su pensamiento y de sus actitudes proposicionales en general.

El concepto de objetividad es “la conciencia, no importa cuan inarticulada, del hecho de que lo que es pensado o dicho puede ser verdadero o falso” (Davidson, 2004, p. 4). Davidson recalca que solo decimos que alguien tiene una creencia si tiene el concepto de verdad objetiva, esto es, si es consciente de que esa creencia puede ser verdadera o falsa por razones que son independientes de sus creencias, y esto porque para concebir una proposición es necesario conocer lo que son y lo que no son sus condiciones de verdad.

² Salvo aclaración en contrario, los textos vertidos al español fueron traducidos por mí.

La dedicación que Davidson presta desde 1990 a la reconsideración de los conceptos de verdad, pensamiento y objetividad en buena medida se centró en cómo se explica la captación del concepto de verdad objetiva, cómo llegamos a reconocer la diferencia entre lo que creemos y lo que es el caso.

Reconoce en Wittgenstein a quien adelantó la tesis de que “la fuente del concepto de verdad objetiva es la comunicación interpersonal” (Davidson, 2003a, p. 286) en tanto el Argumento del Lenguaje Privado precisamente defiende que a menos que un lenguaje sea compartido con otras personas no hay modo de distinguir entre usarlo correctamente o usarlo incorrectamente. A partir de eso Davidson pretende llevar esta tesis sobre el origen de la corrección lingüística al concepto general de objetividad.

Como ya señalamos, siguiendo la descripción de la triangulación: a partir de la constatación de similaridades forjamos y usamos conceptos para clasificar las cosas y eventos de nuestro entorno y, a partir de ese momento, se abre la posibilidad de que lo que nuestros pensamientos y preferencias clasifican esté acorde o no con aquella categorización. Claro que dicha “constatación de similaridades” tiene que trascender el ámbito subjetivo de cada persona y ubicarse en un espacio público, lo cual se realiza por el mutuo reconocimiento comunicativo que cierra el triángulo visto.

Queda así en evidencia la necesidad de la triangulación para el surgimiento de la objetividad. Dice Davidson:

La única forma de saber que [...] la segunda criatura está reaccionando al mismo objeto que uno mismo es saber que la otra persona tiene en mente el mismo objeto. [...] para que dos personas sepan que [...] sus pensamientos están relacionados así, se requiere que estén en comunicación (Davidson, 2003a, p. 174).

Davidson enfatiza que es la posibilidad de aplicar mal el concepto (en una preferencia) y por tanto la posibilidad del error (proposicional) lo que distingue la conceptualización de la mera discriminación. De este modo nace un estándar (de objetividad) que está más allá de nuestras creencias. Dicho estándar, por su lado, se conecta con el concepto de verdad: puesto que saber aplicar esas clasificaciones o conceptos es saber bajo qué condiciones esos juicios son verdaderos. Pero, a su vez, el concepto de verdad se conecta con el de objetividad: porque conocer bajo qué condiciones un juicio es verdadero implica el reconocimiento del hecho de que un juicio es verdadero o falso por un criterio que es independiente de nuestras creencias.

Vale recordar que el momento fundamental de instituir una pauta, que partiendo de dos subjetividades se ubica empero en un espacio público con lo cual rebasa tales puntos de partida, solo puede cumplirse mediante un “reconocimiento mutuo” en torno a algo del entorno que sólo puede verificarse a través de la comunicación. Escribe Davidson:

A menos que la línea de base del triángulo, la línea entre dos agentes, sea reforzada al punto donde ella pueda implementar la co-

municación de contenidos proposicionales, no hay forma de que los agentes puedan hacer uso de la situación triangular para formar juicios acerca del mundo. Solo cuando el lenguaje está en su lugar pueden las criaturas apreciar el concepto de verdad objetiva (Davidson, 2003a, p. 185).

Como resume Sinclair:

Nuestra captación del concepto de objetividad emerge a través del reconocimiento, provisto por la comunicación lingüística, de otro individuo que comparte pensamientos acerca de objetos cuyas propiedades – ambos sujetos reconocen como que – existen independientemente de esos pensamientos (Sinclair, 2005, p. 714).

Sobre este paso final de la triangulación Davidson se plantea una crucial pregunta en “Tres variedades del conocimiento” cuando dice:

[...] ¿por qué habría una medida interpersonal de constituir una medida objetiva? Es decir por qué habría de ser verdad aquello en lo que las personas están de acuerdo que es verdad? [...] incluso si sucede que la comunidad presupone una medida o norma objetiva de la verdad, ¿por qué habría de ser ésta la única manera de establecer la norma? (Davidson, 2003a, p. 289).

Para empezar, aclara que va a responder a partir del análisis de la situación de interpretación radical, pero la respuesta en ese ensayo no me resulta del todo clara. Quizás el pasaje más significativo es cuando afirma:

No tenemos razones para atribuir a una criatura la distinción entre lo que se piensa que es el caso y lo que es el caso a menos que esa criatura posea la norma que un lenguaje compartido proporciona [...] (Davidson, 2003a, p. 286).

Lo cual podría entenderse como que si cada sujeto correlacionara con el mundo a su antojo no habría comunicación; por tanto, por una especie de argumento trascendental, si hay comunicación exitosa es que los participantes se han sujetado a una pauta objetiva de algún modo alojada en el lenguaje y en la estructura total de creencias.

En su ensayo “La segunda persona”, Davidson (2003a) aborda el problema de la objetividad desde el punto de vista de la objetividad que es requerida por el lenguaje, el terreno común que nos permita saber cómo interpretar las preferencias de otro, incluso saber – con buena probabilidad – cómo va a continuar un hablante del que ya hemos interpretado emisiones anteriores, la típica situación descrita en el argumento de seguir una regla.

El problema se torna agudo desde que Davidson sostiene en *A Nice Derangement of Epitaphs* (2005) y en *Second Person* (2001) que – si bien toda comunicación se da en un entorno social – no puede recurrirse a los conceptos de convención o regla, desde el momento en que pueden comprenderse interlocutores que parten de convenciones lingüísticas (idiomas) diferentes. Desarrolla la tesis de que comunicarse, hablar una lengua “solamente requiere que cada hablante se haga intencionalmente interpretable al otro” (Davidson, 2003a, p. 167). Plantea que la intención comunicativa cubre la condición de delinear de un modo “indefinidamente amplio” un estándar objetivo sobre el cual se puede acertar o errar. Permitiendo de este modo una explicación alternativa a la comunitarista para el problema de la normatividad, clásica perplejidad que nos legó el argumento de “seguir una regla”.

Como concluye Davidson al final del citado artículo, el argumento ratifica la tesis Wittgenstein-Kripke de que la primera lengua no puede ser un lenguaje privado, pero en el argumento de Davidson, la naturaleza social del lenguaje es entendida de modo diferente. En el argumento de Kripke se requería de una segunda persona o de la comunidad para incorporar una rutina que en adelante sería el vínculo de comunicación; en cambio en el argumento de Davidson la interacción de al menos dos hablantes/intérpretes es la fundante de la rutina. En Kripke una uniformidad social, externa pretendía explicar el entendimiento, lo cual reenvía al predicamento señalado por Wittgenstein (¿en base a qué pautas entenderíamos dicha rutina?), en cambio en Davidson el entendimiento interactivo de hecho es el que funda la pauta que consolida un entendimiento previo basado en la mutua interpretación, con lo cual no reaparecerá la pregunta porque la interpretación está ya dada y es anterior a todo hecho que demande interpretación.

Las objeciones de Meredith Williams a la concepción davidsoniana sobre la socialidad del lenguaje

La concepción de Davidson sobre el origen de la normatividad básica y sobre la socialidad del lenguaje ha sido objeto de críticas por parte de M. Williams (2000). Especialmente en el punto donde Davidson postula que para la aparición de las actitudes proposicionales no es necesaria una relación entre el individuo y la comunidad y que la comunicación no requiere de convenciones lingüísticas compartidas sino que para ser un usuario del lenguaje lo que se requiere es ser interpretable como hablante y el mutuo reconocimiento de capacidad racional.

Williams llama “concepción práctica” a la concepción comunitaria, que ella entiende inspirada directamente en Wittgenstein, y “concepción interpretativa” a la concepción de Davidson. Comienza reconociendo que Davidson coincide

con Wittgenstein en varias tesis relevantes sobre el lenguaje. Coinciden en que la referencia y el significado son abstracciones a partir de la práctica lingüística global y que el entendimiento lingüístico es explicativamente más básico que ambas categorías semánticas. También coinciden en que el entendimiento lingüístico es una capacidad y no un conocimiento de reglas. Así como también en que nuestro arraigo causal en un mundo compartido es también importante para dicha capacidad. Por último, ambos reconocen argumentos centrales del otro: Davidson reconoce el argumento en torno a la paradoja de la interpretación y Wittgenstein compartiría el argumento de Davidson sobre la triangulación (está implícito en el argumento contra el lenguaje privado de las *Investigaciones*).

Señala Williams que a partir de allí comienzan algunas diferencias que ella considera importantes. En primer lugar, para Davidson el entendimiento lingüístico descansa sobre la interpretación radical entre hablante y oyente, en tanto para Wittgenstein dicho entendimiento descansa sobre la similitud normativa.

Especialmente en *A Nice Derangement...*, Davidson llega a sostener que el lenguaje no implica un conjunto de reglas (semánticas y sintácticas) compartidas y estables. Tales elementos no son, según él, necesarios para la comunicación. La comunicación es la propiedad de cada acto lingüístico de ser interpretable y esa interpretación, en la medida en que es interdependiente con las creencias, es para cada acto lingüístico. Esto es, según él, para cada acto se construye una teoría del significado (una “passing theory”). Lo que comúnmente llamamos “lenguaje” es una abstracción a partir de los cambiantes ideolectos de hablantes individuales. Davidson se apoya en el entendimiento que tenemos de los malapropismos, lo cual evidencia que en la comunicación usamos cambiantes teorías del significado que se construyen ante cada preferencia para maximizar la creencia verdadera, que vía principio de caridad apoya el entendimiento. Ante esta posición, Williams señala que esto haría que la propuesta de Davidson recaiga en la paradoja de la interpretación ya señalada por Wittgenstein, que muestra que la interpretación no puede fundamentar al significado precisamente porque las interpretaciones siempre se pueden adaptar para que concuerden con cualquier comportamiento verbal, lo cual le impediría al intérprete radical distinguir la interpretación correcta de la que parece correcta.

Las observaciones de Wittgenstein sobre seguir una regla cuestionan la explicación que las teorías clásicas del lenguaje dan sobre el surgimiento de la normatividad. La paradoja se evidencia porque, al decir de las *Investigaciones*, “[...] cualquier curso de acción podría ser determinado por una regla, porque cualquier curso de acción puede ser compatible con la regla [...] Y por tanto, no habría ni acuerdo ni conflicto” (Wittgenstein, 1988, § 201). Williams señala que resulta obvio que la metodología davidsoniana de la interpretación cae en tal paradoja. Argumenta:

Just as any finite sequence of numbers is compatible with any of an array of distinct functions, so any exposed speech is com-

patible with any of an array of distinct theories of meaning (Williams, 2000, p. 303).

Por su parte, Davidson recurre a otro elemento: “la intención comunicativa”. Escribe:

[...] lo que importa, [...] es la comunicación, darle a conocer a alguien lo que usted tiene en mente por medio de palabras que el intérprete (entienda) como usted quiere que lo haga (Davidson, 1994, p. 6).

[...] un intérprete interpreta (correctamente) una preferencia de un hablante sólo si él sabe que el hablante intenta que el intérprete asigne ciertas condiciones de verdad para su preferencia (Davidson, 2001, p. 111-112).

De este modo, apelar a cierta transparencia en la intención del hablante daría lo que necesitamos para distinguir lo que es correcto de lo que simplemente parece correcto.

Frente a esta salida, a su vez, Williams señala que hay tres razones para pensar que la intención del hablante en realidad no nos ayuda con este problema. La primera por circularidad de la explicación y la segunda por la inestabilidad del lenguaje. Veámoslo:

(i) La atribución de intención es parte de una atribución holística que incluye creencias, deseos y usos del lenguaje. Observa Williams:

Las actitudes proposicionales solo pueden ser atribuidas a usuarios de lenguaje, entonces ¿en qué sentido pueden ciertas intenciones ser la base de la distinción entre interpretaciones correctas e incorrectas de lo que es significado? [...] Pero entonces no es un fundamento porque para tener esa intención se necesita ser ya un hablante (Williams, 2000, p. 305).

Esto es, Davidson intenta explicar la interpretación correcta a partir de la intención del hablante, pero según Williams las intenciones son individuadas sólo en relación a la interpretación del significado. Puntualiza nuestra autora:

Suponga que el hablante pudiera especificar una particular teoría del significado para fijar el contenido de su intención. ¿Qué hace que dicha teoría del significado sea la correcta? Debemos dar por admitido un estándar de corrección al aceptar una teoría del significado sobre otra? (Williams, 2000, p. 305).

(ii) Según la concepción de las “teorías al paso” desarrollada en *A Nice Derangement...*, la teoría del significado que da cuenta de la competencia lingüística del hablante cambia con

cada preferencia. En virtud de la interdependencia holística de significado y creencia, cualquier diferencia en creencia o uso de una expresión genera un diferente lenguaje. Ahora, pregunta Williams: “[...] ¿con tal inestabilidad en los lenguajes hablados, aún por un mismo individuo, cómo se pueden formar intenciones como para anticipar el futuro?” (Williams, 2000, p. 306). De este modo, las intenciones del hablante no pueden ser el criterio para una distinción entre continuaciones correctas e incorrectas. “Ningún sentido puede ser dado a seguir de la misma forma con tal concepción de la rápida sucesión de diferentes lenguajes” (Williams, 2000, p. 306).

(iii) En tercer lugar, Williams señala que para Davidson la interpretación, si bien no requiere un lenguaje común, sí requiere una comunión de creencias; pero observa que tal distinción es discutible para quien defiende la interdependencia de creencias e idiolectos. Para construir la teoría al paso, el intérprete debe maximizar las creencias verdaderas del hablante. Pero, repara Williams, creencias compartidas requieren un fondo de prácticas y técnicas compartidas. Desconocer estos aspectos de fondo es asumir una actitud *prewittgensteiniana* e intentar aislar la parte lingüística del juego del lenguaje.

El siguiente pasaje de nuestra autora sintetiza bien su posición al respecto:

Understanding requires background agreement among participants; it does not require the construction of a theory of meaning constrained heuristically by charity. Echoing Wittgenstein, interpretation is an idle wheel on which nothing turns (Wittgenstein, 1988, § 271).

Para Wittgenstein, la individuación de objetos y el criterio de corrección no se adquieren en una situación de mera interpretación, sino que requieren de una situación de aprendizaje donde un maestro es portador de las creencias, prácticas y normas compartidas por la comunidad. Esa normatividad es transmitida a través de lo que Wittgenstein llamó “*bedrock judgements*” (juicios de base) sobre rasgos del entorno compartidos por quienes además comparten prácticas y técnicas. La referencia de las preferencias es fijada por las relaciones de inferencia que tiene con otros enunciados y acciones.

Para Wittgenstein es en la situación de aprendizaje donde se produce la interacción entre los rasgos causales y los normativos de los juegos de lenguaje. En dicha situación, las afirmaciones del adulto son más que preferencias causalmente provocadas porque expresan la capacidad para incorporar esa preferencia en una relación de conexiones inferenciales con otras afirmaciones y acciones. Dice Williams: el niño profiere afirmaciones, pero es el adulto el que provee “la base cognitiva sobre la cual la preferencia es juicio y no mera vocalización” (Williams, 2000, p. 315). La acusación de fondo de Williams es que Davidson desconoce los aspectos no lingüísticos de la situación originaria de comunicación y luego da un peso excesivo a la caridad interpretativa, quedando así expuesto a la paradoja de la interpretación señalada por Wittgenstein. Para

ella, solo el reconocimiento de los elementos no lingüísticos que crean un fondo de acuerdo actuando en una situación no simétrica de aprendizaje permite explicar la normatividad sin caer en la mencionada paradoja.

Conclusiones primarias

Meredith Williams parece estar marcando tres condiciones muy atendibles para definir las fuentes de la normatividad sin recaer en la paradoja de la interpretación. A saber:

(i) Las teorías al paso implican una interpretación cuando se suponía que para evitar la paradoja de la interpretación necesitábamos algo que ya no fuera una interpretación; y lo mismo ocurre con la atribución de intenciones. El lenguaje logra evitar la paradoja de la interpretación sólo si tiene cierta estabilidad y externalidad respecto a los sujetos.

(ii) Evitar la paradoja requiere una concepción de la comunicación que no se limite a los aspectos lingüísticos, sino que, como la concepción wittgensteiniana que Williams reivindica, contemple no solo los elementos del entorno, sino también nuestras prácticas y técnicas.

(iii) Nuestra dirección de trabajo es que quizás para superar esta situación haya que apelar también a una externalidad que sin embargo, en virtud del entorno común, de objetivos compartidos y de equipos biológicos comunes, tiene una unicidad que no deja margen indefinido a la interpretación.

Referencias

- DAVIDSON, D. 1992. *Mente, mundo y acción*. Barcelona, Paidós, 161 p.
- DAVIDSON, D. 1994. The Social Aspect of Language. In: B. McGUINNESS; G. OLIVERI (eds.), *The Philosophy of Michael Dummett*. De Hague, Kluwer, p. 1-9. https://doi.org/10.1007/978-94-015-8336-7_1
- DAVIDSON, D. 2001. *Subjective, Intersubjective, Objective*. Oxford, Clarendon Press, 237 p. <https://doi.org/10.1093/0198237537.001.0001>
- DAVIDSON, D. 2003a. *Subjetivo, intersubjetivo, objetivo*. Madrid, Cátedra, 316 p.
- DAVIDSON, D. 2003b. *Responses. Philosophy and Phenomenological Research*, **67**:891-899.
- DAVIDSON, D. 2004. *Problems of Rationality*. Oxford, Clarendon Press, 280 p. <https://doi.org/10.1093/0198237545.001.0001>
- DAVIDSON, D. 2005. *Truth, Language, and History*. Oxford, Oxford University Press, 376 p. <https://doi.org/10.1093/019823757X.001.0001>
- SINCLAIR, R. 2005. The Philosophical Significance of Triangulation: Locating Davidson's Non-Reductive Naturalism. *Metaphilosophy*, **36**(5):708-728. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9973.2005.00401.x>
- VERHEGGEN, C. 2007. Triangulating with Davidson. *The Philosophical Quarterly*, **57**(226):96-103. <https://doi.org/10.1111/j.1467-9213.2007.471.x>
- WILLIAMS, M. 2000. Wittgenstein and Davidson on the Sociality of Language. *Journal for the Theory of Social Behaviour*, **30**(3):299-318. <https://doi.org/10.1111/1468-5914.00131>
- WITTGENSTEIN, L. 1988. *Investigaciones filosóficas*. México, UNAM.

Submitted on May 17, 2016
Accepted on February 21, 2017